

RAINER ZITELMANN

EL CAPITALISMO NO ES EL PROBLEMA, ES LA SOLUCIÓN

Un viaje a través de la historia reciente
de los cinco continentes

Traducción de
Diego Sánchez de la Cruz



Unión Editorial

2020

Originally published in Germany as:
Kapitalismus ist nicht das Problem, sondern die Lösung
FinanzBuch Verlag, Munich (2018)

First published in English Language as:
The Power of Capitalism.
A Journey Through Recent History Across Five Continents
© 2019 by LID Publishing Limited, London, UK.
All Rights Reserved. www.LIDpublishing.com.

Translated from the English Language Edition
with kind permission of LID Publishing Limited.

Translated into the Spanish Language through mediation
of Maria Pinto-Peuckmann, Literary Agency,
World Copyright Promotion, Kaufering, Germany.
Traducción al español por Diego Sánchez de la Cruz

© 2020 Rainer Zitelmann
© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Galileo, 52 local • 28015 Madrid
Tel.: 91 350 02 28
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-821-3

Depósito legal: M. 28.362-2020

Compuesto e impreso por El Buey Liberal, S.L.
Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| INTRODUCCIÓN | |
| Experimentos de campo en la historia humana | 9 |
| CAPÍTULO 1 | |
| China: de la hambruna al milagro económico | 23 |
| CAPÍTULO 2 | |
| África: el capitalismo es más efectivo contra la pobreza que la ayuda al desarrollo en la lucha | 49 |
| CAPÍTULO 3 | |
| Alemania: no puedes adelantar a un Mercedes con un Trabant | 79 |
| CAPÍTULO 4 | |
| Corea del Norte y Corea del Sur: Kim Il-sung frente a la sabiduría del mercado..... | 105 |
| CAPÍTULO 5 | |
| Más capitalismo: las reformas pro-mercado de Thatcher y Reagan en Gran Bretaña y Estados Unidos..... | 125 |
| CAPÍTULO 6 | |
| América Latina: por qué los chilenos viven mejor que los venezolanos..... | 149 |
| CAPÍTULO 7 | |
| Suecia: el mito del socialismo nórdico | 171 |
| CAPÍTULO 8 | |
| La libertad económica aumenta el bienestar humano | 189 |

| | |
|--|-----|
| CAPÍTULO 9 | |
| La crisis financiera, ¿fue una crisis del capitalismo?..... | 201 |
| CAPÍTULO 10 | |
| ¿Por qué tantos intelectuales rechazan el capitalismo? | 223 |
| CAPÍTULO 11 | |
| Un llamado urgente a la adopción de reformas de mercado..... | 257 |
| AGRADECIMIENTOS..... | 273 |
| BIBLIOGRAFÍA | 275 |
| ÍNDICE DE NOMBRES | 291 |

INTRODUCCIÓN

EXPERIMENTOS DE CAMPO EN LA HISTORIA HUMANA

Para muchas personas, el colapso de un régimen socialista tras otro a finales de la década de 1980 estableció firmemente que el capitalismo de mercado era, sin duda, un sistema superior. Sin embargo, el resentimiento anticapitalista, a veces oculto pero latente, a veces expresado de forma abierta y explícita, no solo persiste en algunos círculos, sino que ha ganado terreno a raíz de la crisis financiera de 2008. Por eso vemos que tanto los formuladores de políticas públicas como los analistas de los medios de comunicación o los intelectuales han interpretado casi unánimemente la crisis pasada como un fracaso del mercado y del capitalismo que solo puede resolverse con más intervencionismo estatal.

Este libro fue escrito como respuesta a estos puntos de vista. Me preocupa que estemos olvidando los fundamentos en los que se basa nuestra prosperidad económica. Para muchas personas, el propio término «capitalismo» tiene hoy una gran carga negativa. Aunque estas connotaciones ya se daban antes de la crisis financiera, las críticas han ido a más y, como resultado, los defensores del verdadero modelo de economía liberal se encuentran bajo ataque, acusados de ser «radicales» o «fundamentalistas de mercado».

La economía moderna se puede organizar de acuerdo dos modelos básicos. En el primer escenario no hay propiedad privada del suelo o de los medios de producción. En cambio, todos estos activos son propiedad del estado. Las agencias gubernamentales se encargan de la planificación económica, de modo que son dichas instancias las que deciden qué y cuánto se produce. En el segundo escenario, el derecho a la propiedad privada está garantizado y los empresarios operan dentro de un determinado marco legal que les brinda libertad para fabricar productos y ofrecer servicios que puedan responder a las necesidades y deseos de los consumidores. Los precios sirven como medición de las suposiciones y

los cálculos que hacen los empresarios, puesto que evolucionan según la demanda de bienes y servicios por parte de los consumidores. Hablamos, pues, de dos tipos de sistemas: el primero es el socialista y el segundo, el capitalista. En las páginas del presente libro, el segundo término se utilizará para aludir a una economía de mercado genuinamente libre, no a versiones diluidas o intermedias, a veces definidas como «economías sociales de mercado» o como modelos «mixtos».

En la práctica, ninguno de estos dos sistemas existe o ha existido de forma pura. Incluso en países socialistas, como la antigua República Democrática Alemana (RDA) o Corea del Norte, encontramos que algunos individuos poseen cierta propiedad privada o que el plan económico general, por totalitario que sea, no suprime absolutamente todos los elementos característicos del mercado. Sin estos pequeños elementos contradictorios, las economías de los países en cuestión habrían sido aún más disfuncionales. Pero, si bien los precios existen nominalmente en las economías socialistas, la función que desempeñan es radicalmente diferente de la que juegan en las economías capitalistas. De hecho, su papel se parece más al de los impuestos, tal y como ha señalado el economista Zhang Weiyong.¹

Por otro lado, en las economías capitalistas vemos que existe un cierto grado de propiedad pública y de intervención regulatoria. Además, los impuestos representan, esencialmente, un sistema de redistribución que toma recursos de los ricos y los transfiere a las clases medias y a los pobres. La Suecia de la década de 1970 es un ejemplo extremo de este tipo de políticas. También en aquella época Reino Unido constituía un ejemplo aleccionador que, al igual que en el caso sueco, ayudaba a poner de relieve los resultados económicos negativos derivados de la intervención gubernamental desproporcionada. Tales acontecimientos nos demuestran que limitar la intervención del Estado es crucial para aumentar la prosperidad.

Ninguno de los países analizados en este libro opera una forma «pura» de capitalismo. En consecuencia, la cercanía a un modelo otro viene determinada por el tipo de equilibrio existente entre la intervención reguladora y la libertad de empresa. El argumento central desarrollado en las páginas de este libro sostiene que aumentar la proporción de elementos capitalistas en una economía dada conduce generalmente a un mayor crecimiento, lo que a su vez aumenta el bienestar de la mayo-

¹ Zhang Weiyong, *The Logic of the Market: An Insider's View of Chinese Economic Reform* (Washington: Cato Institute, 2015), p. 12.

ría de las personas que viven dentro de esa economía. El desarrollo de China en las últimas décadas es un buen ejemplo de ello.

Muchos libros referidos a estos temas buscan construir una u otra teoría con la que demostrar que la superioridad del capitalismo o el socialismo. Este no es uno de esos ensayos. En lugar de abordar la cuestión desde un marco teórico, el presente libro toma la historia económica como punto de referencia.

Es importante recordar que, a diferencia del socialismo, el capitalismo no es un sistema inventado por intelectuales. En cambio, se trata de una forma de organización que ha evolucionado orgánicamente a lo largo de los siglos, de la misma manera en que las plantas y los animales han evolucionado en la naturaleza y continúan haciéndolo sin requerir ningún tipo de orden, planificación o teorización centralizada. Entre las ideas más importantes que nos dejó el economista y filósofo Friedrich Hayek está la lección de que el origen de las instituciones que funcionan correctamente «no se encuentra en su concepción o en su diseño, sino en la prevalencia de las fórmulas exitosas».² Dicho proceso de selección opera, además, en base a la imitación de aquellas instituciones y hábitos que demuestran su validez.³

Un error muy grande en el que incurren los socialistas de diversas tendencias, pero también los hombres y mujeres que dirigen los bancos centrales, es la creencia de que existe un selecto grupo de mentes brillantes que están en condiciones de determinar qué necesitamos las personas con mayor certeza que los millones de agentes económicos que, en su rol de empresarios, inversores y consumidores, toman infinidad de decisiones individuales y, de esta forma, posibilitan intercambios de información muy superiores a cualquier intento aproximativo por parte de agencias gubernamentales, bancos centrales y demás órganos de control estatal.

Esta es la razón por la cual los intentos de imponer una economía basada en el mercado tienden a ser infructuosos cuando nacen «de arriba hacia abajo». Los políticos siempre estarán de algún modo involucrados en estos procesos, pero el capitalismo no puede diseñarse y canalizarse desde lo alto. Si analizamos el caso de China vemos que su exitosa transición hacia el capitalismo se debió sustancialmente a cambios

² Friedrich Hayek, *The Constitution of Liberty: The Definitive Edition* (Chicago: University of Chicago Press, 2011), p. 111. [Trad. esp.: *Los fundamentos de la libertad*, Madrid: Unión Editorial, 2008].

³ *Ibíd.*, p. 117.

que se dieron «de abajo hacia arriba» y favorecieron la adopción generalizada de prácticas económicas capitalistas, aunque es cierto que ninguna de ellas habría sido posible sin la tolerancia de tales prácticas por parte de los políticos del régimen. En este sentido, líderes como Deng Xiaoping y su gabinete de reformadores demostraron ser lo suficientemente inteligentes como para abstenerse de intentar implantar un sistema nuevo basado en ideales. En cambio, hicieron dos cosas: en primer lugar, en lugar de intentar prohibir o controlar los intercambios y acuerdos espontáneos y libres, permitieron que éstos se fuesen desarrollando de manera orgánica; en segundo lugar, analizaron detenidamente los modelos productivos de otros países para ver qué funcionaba y qué no, paso previo para implementar parte de esas lecciones en casa.

En este libro, adopto un enfoque similar: mi intención es analizar la historia económica reciente para explicar qué ha funcionado —y qué no. Estudio los caminos divergentes de países que facilitan la comparación porque han compartido historia, cultura o instituciones similares, caso de Corea del Norte y Corea del Sur, la Alemania comunista y la Alemania capitalista o los sistemas de Venezuela y Chile. También planteo cómo el avance del capitalismo y el repliegue del socialismo ayudaron a que China pase de ser un país pobre en el que decenas de millones de personas murieron de hambre hace menos de seis décadas a convertirse en la nación exportadora más grande del mundo y haber erradicado las situaciones de pobreza masiva y hambruna generalizada.

Aunque los izquierdistas críticos con el capitalismo y la globalización culpan a dicho sistema de causar hambre y pobreza en varias partes del mundo, el análisis de la historia reciente del continente africano nos proporciona muchos ejemplos que vienen a demostrar que lo contrario es cierto. El capitalismo no es el problema, sino la solución. Su forma de coordinar y orientar la producción ha demostrado ser más efectiva para combatir la pobreza que cualquier programa de ayuda financiera coordinado por los Estados. Los estudios disponibles muestran que las economías en vías de desarrollo más orientadas al mercado tienen una tasa de pobreza de apenas un 2,7%, frente al 41,5% que se registra en las economías en vías de desarrollo que no apuestan por el modelo de libre mercado.⁴

En general, más intervención estatal significa tasas de crecimiento más bajas y, en algunos casos, incluso negativas. En sentido contrario, la historia económica reciente de los Estados Unidos y el Reino Unido

⁴ Ver capítulo 8.

proporciona evidencia convincente de que más capitalismo conduce a un aumento más acelerado de la prosperidad para la mayoría de las personas. En la década de 1980, Ronald Reagan y Margaret Thatcher, dos líderes políticos que creían firmemente en los beneficios del libre mercado, introdujeron reformas que redujeron la influencia del estado en la economía y mejoraron significativamente las perspectivas económicas de ambos países. Y, como muestra el ejemplo de Suecia recogido en el capítulo 7, los programas del Estado de Bienestar corren el riesgo de terminar sofocando el crecimiento económico, de modo que necesitan ser acotados y restringidos.

En los últimos 70 años, la aplicación de unos y otros sistemas ha arrojado resultados similares de forma continuada y consistente. La evidencia es abrumadora y apunta a la conclusión de que más capitalismo significa mayor prosperidad. Aún así, en muchos sectores persiste la reticencia o la incapacidad a la hora de tomar nota de estas lecciones de la historia y aprender de los resultados derivados de unos y otros modelos. En su *Filosofía de la Historia*, el pensador teutón Georg Wilhelm Friedrich Hegel escribió que «lo que la experiencia y la historia nos enseñan es esto: que los pueblos y los gobiernos nunca han aprendido nada de la historia ni han actuado según principios deducidos de ella».⁵

Incluso si el veredicto de Hegel puede ser demasiado duro, sí parece cierto que mucha gente no logra abstraerse del contexto presente y extraer conclusiones generales de la experiencia y la evidencia histórica. A pesar de que hay numerosos ejemplos que nos demuestran que las políticas económicas pro-capitalismo conduce a una mayor prosperidad (en línea con la evidencia de ejemplos comentados en este libro o de otros que no se mencionan en esta página, caso de India), y a pesar de que las distintas variantes del socialismo han fracasado cuando se han llevado a la práctica, seguimos viendo que muchas personas siguen sin aprender las lecciones del pasado.

Tras el colapso de la mayoría de los sistemas socialistas a comienzos de la década de 1990, los intentos de implementar los ideales socialistas no han desaparecido y siguen sucediéndose en distintos rincones del mundo, con la vana esperanza de que *esta vez sea diferente*. El ejemplo más reciente es el de Venezuela. Al igual que ocurrió en el pasado, muchos intelectuales de Occidente fueron seducidos por el intento de Hugo

⁵ Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Lectures on the Philosophy of History* (London: George Bell and Sons, 1902), p. 19. [Trad. esp.: *Filosofía de la Historia*, Madrid: Claridad, 2007].

Chávez de desarrollar un «socialismo del siglo XXI». ⁶ Al igual que con otros experimentos anteriores de aplicar el socialismo a gran escala, las consecuencias fueron desastrosas, tal y como recoge el Capítulo 6 del libro.

Incluso en Estados Unidos vemos que muchos jóvenes se siguen aferrando al «sueño socialista», aunque el sistema que tienen en mente es una versión idealizada y equivocada del socialismo de estilo escandinavo y no el comunismo de la era soviética. No obstante, este libro demuestra que dicha variante del modelo izquierdista ha sido completamente desacreditada por el fracaso integral que arrojó en los años 70 y 80 (más sobre esta cuestión en el Capítulo 7).

A corto plazo, no estoy demasiado preocupado por la posibilidad de que se produzcan grandes programas de nacionalización de activos o empresas en las naciones industrializadas de Occidente. Lo que sí me preocupa es el peligro mucho mayor e inmediato de que se produzca una reducción gradual del capitalismo a través de un aumento continuado de los poderes de control, regulación y redistribución de los Estados.

De hecho, los bancos centrales ya están actuando como si fueran autoridades de planificación. Creados originalmente para garantizar la estabilidad del valor monetario, ahora se confía en ellos para «neutralizar» las fuerzas del mercado. Al abolir *de facto* las tasas de interés determinadas libremente en el mercado, el Banco Central Europeo ha desactivado parcialmente el mecanismo de fijación de precios, que en sí mismo es una característica esencial de cualquier economía de mercado que funcione correctamente. En lugar de contener una deuda pública excesiva, esto solo ha exacerbado el problema, facilitando tal endeudamiento.

«La política de mantener bajos los tipos durante un período prolongado de tiempo distorsionará cada vez más los precios de los activos y exacerbará el peligro de otro colapso económico en el momento en que esta estrategia empiece a ser replegada», advierte el economista Thomas Mayer. ⁷ No se necesita una bola de cristal para predecir que estas crisis se atribuirán al «capitalismo», a pesar de que en realidad son el resultado de una violación sostenida y continuada de los principios capitalistas.

⁶ Paul Hollander, *From Benito Mussolini to Hugo Chavez: Intellectuals and a Century of Political Hero Worship* (Cambridge: Cambridge University Press, 2016), pp. 253–259. Hollander ofrece numerosos ejemplos de la adulación de ciertos intelectuales por tiranos como Chávez.

⁷ Thomas Mayer, *Die neue Ordnung des Geldes. Warum wir eine Geldreform brauchen* (Múnich: FinanzBuch Verlag, 2015), p. 228

Un diagnóstico incorrecto conduce inevitablemente a la prescripción de un tratamiento incorrecto y, en este caso, puede dejarnos un mayor intervencionismo estatal en un mercado cada vez más debilitado.

Hubo un tiempo en que los socialistas simplemente procuraban nacionalizar las empresas privadas. Hoy, los elementos propios de una economía planificada se introducen de otras maneras: aumentando la intervención del Estado en los procesos de toma de decisiones comerciales, introduciendo una amplia gama de medidas fiscales y regulatorias, creando subsidios o introduciendo restricciones que distorsionan o limitan los mercados... De esta manera, vemos por ejemplo cómo el mercado energético alemán se ha transformado gradualmente en un caso de economía planificada.

Todo esto es posible porque muchas personas simplemente no se dan cuenta, o han olvidado, que el mercado libre es la base sobre la cual se basa nuestros actuales niveles de bienestar. Esto es particularmente cierto en el caso de la generación milenial, cuyas referencias sobre el socialismo, el comunismo y otros sistemas de intervención y planificación masiva se limita a lo que pueden leer en los libros. Para esos mismos jóvenes, términos como «capitalismo» y «mercado libre» han adquirido una connotación claramente negativa.

En un sondeo de *GlobeScan* publicada en abril de 2011 se pidió a los encuestados de varios países diferentes que calificaran en qué medida estaban de acuerdo con la siguiente afirmación: «el modelo de libre empresa y libre mercado es el mejor sistema en el que basar el desarrollo futuro del mundo».⁸ En el Reino Unido, donde apenas treinta años antes se había producido una profunda transformación y había pasado de una situación económica desesperada a un mayor crecimiento y prosperidad gracias a las estrictas reformas de libre mercado implementadas por Margaret Thatcher, apenas el 19% de los encuestados dijo estar totalmente de acuerdo con esta proclama. En el resto de Europa, estas cifras fueron algo más altas en Alemania, con un 30% de los encuestados manifestando estar muy de acuerdo, mientras que en Francia, donde no pocos problemas están directamente relacionados con la falta de apoyo social al capitalismo, este porcentaje se redujo a apenas un 6%.

Resulta algo tranquilizador observar que estos porcentajes aumentan significativamente si incluimos a aquellos encuestados que decían estar «algo de acuerdo» con dicha afirmación. Incluyendo a este grupo, el

⁸ Samuel Gregg, *Becoming Europe: Economic Decline, Culture, and How America Can Avoid a European Future* (Nueva York: Encounter Books, 2013), p. 266.

respaldo firme (minoritario) o tibio (más común) al libre mercado alcanza el 68% en Alemania, el 55% en Reino Unido o el 52% en España. En Francia, no obstante, un altísimo 57% de los encuestados mostró su desacuerdo con la idea de que el capitalismo sea «el mejor sistema en el que basar el desarrollo futuro del mundo».

Para los Estados Unidos, esta misma encuesta reflejó una caída en los niveles de aprobación del sistema de libre mercado, puesto que un sondeo anterior del año 2002 reflejaba un 80% del respaldo al capitalismo, frente al 59% registrado en 2011. Dicho porcentaje fue aún menor entre los ciudadanos de menores ingresos, donde el apoyo al capitalismo como mejor sistema económico posible cayó al 45%. El economista Samuel Gregg cita estas estadísticas en su libro *Becoming Europe*, un ensayo planteado como un aviso del riesgo que corre Estados Unidos si sigue el modelo maximalista de los Estados de Bienestar europeos.

Entre las generaciones de estadounidenses más se manifiesta una afinidad particularmente fuerte con las ideas anticapitalistas. Una encuesta de *YouGov* difundida en 2016 señaló que el 45% de los estadounidenses entre las edades de 16 y 20 años consideraría votar por un candidato presidencial de ideología socialista, mientras que un 20% reconocía que daría su voto a un aspirante comunista. En paralelo, solo el 42% de dichos jóvenes decían estar a favor de una economía capitalista, un porcentaje muy bajo en comparación con el 64% registrado entre los estadounidenses mayores de 65 años. Aún más preocupante, si cabe, es comprobar que en esa misma encuesta se detectó que un tercio de los jóvenes estadounidenses cree que murió más gente bajo gobierno de George W. Bush que bajo la tiranía de Stalin.⁹ Ese mismo año 2016, pero en abril, *Gallup* divulgó un sondeo en el que el 52% de los estadounidenses decía estar de acuerdo con la idea de que «el gobierno debería redistribuir la riqueza mediante la introducción de fuertes impuestos a los ricos».¹⁰

Alemania también presenta una situación delicada. En una encuesta de *Infratest Dimap* realizada durante el año 2014, un 61% de los sondeados dijo estar de acuerdo con la opinión de que «no vivimos en una democracia real porque el poder recae en los intereses empresariales en lugar

⁹ Cal Thomas, «Millennials Are Clueless about Socialism (Call It the 'Bernie Sanders effect')», *Fox News* (20 de octubre de 2016). Disponible en: <<http://www.foxnews.com/opinion/millennials-are-clueless-about-socialism-call-it-the-bernie-sanders-effect>>.

¹⁰ Bernie Sanders, *Our Revolution: A Future to Believe In* (Nueva York: Thomas Dunne Books, 2016), p. 265.

de los votantes».¹¹ Además, el 33% de los alemanes respaldó la afirmación de que el capitalismo «causa pobreza y hambre de forma inevitable». Este porcentaje alcanzó el 41% en los *länder* que formaban parte de la antigua República Democrática Alemana, es decir, de la Alemania comunista.¹² Según ese mismo sondeo, el 42% de los alemanes y el 59% de quienes residen en la antigua RDA avalan la idea de que «el socialismo/comunismo son una buena idea que se ha ejecutado mal en el pasado».¹³

A medida que el colapso de los sistemas socialistas va desapareciendo gradualmente de la memoria colectiva, muchos ciudadanos residentes en Occidente parecen correr el riesgo de perder la conciencia de los beneficios que arroja el sistema de libre mercado. Esto es particularmente cierto en el caso de los jóvenes, cuyos estudios de historia apenas tocan las deplorables condiciones económicas y políticas vividas en los países socialistas.

Este libro gira en torno a una pregunta: ¿qué sistema económico ofrece la mejor calidad de vida para la mayoría de las personas? La calidad de vida está determinada, especialmente aunque no exclusivamente, por los niveles de riqueza económica y libertad política que disfrutaban los individuos.

Si bien la historia nos proporciona muchos ejemplos en los que democracia y capitalismo van de la mano, también hay casos de regímenes autoritarios que han adoptado un modelo de economía capitalista. Corea del Sur aún no se había convertido en una democracia cuando empezó a abrazar el capitalismo. Algo similar ocurrió en Chile. Y, a pesar de su éxito económico desde que empezó su apertura al capitalismo, China todavía sigue estando gobernada por un régimen autoritario.

Las comparaciones internacionales realizadas en este libro se basan únicamente en las características y resultados de sus respectivos sistemas económicos. Esto no quiere decir que la libertad política sea un aspecto menos importante que la calidad de vida ligada al progreso material. Sin embargo, el análisis de dichos asuntos se sitúa más allá del alcance de este libro y merece una investigación por separado.

Aunque no estoy de acuerdo con las premisas y los argumentos desarrollados por Thomas Piketty en *El capital en el siglo XXI*, comparto en

¹¹ Klaus Schroeder y Monika Deutz-Schroeder, *Gegen Staat und Kapital – für die Revolution! Linksextremismus in Deutschland: Eine empirische Studie* (Frankfurt: Peter Lang / Internationaler Verlag der Wissenschaften, 2015), p. 568.

¹² *Ibid.*, pp. 574-575.

¹³ *Ibid.*, pp. 580-581.

parte su crítica a muchas investigaciones actuales en economía que exhiben «una pasión infantil por las matemáticas y por la especulación puramente teórica y altamente ideologizada», limitaciones que dejan la economía huérfana de técnicas muy necesarias, como «la investigación histórica y la colaboración interdisciplinar con otras ciencias sociales».¹⁴ Piketty propone un enfoque pragmático «que utilice los métodos de historiadores, sociólogos y politólogos, además de las técnicas propias de la economía». En este sentido, presenta su célebre libro como «una obra tanto de historia como de economía».¹⁵ Este planteamiento resuena con mi trayectoria académica. Mi primera titulación fue en Historia y Ciencias Políticas. Posteriormente obtuve dos doctorados: uno en Historia y otro en Sociología. En consecuencia, el enfoque de este libro es el de un historiador.

La principal queja que presenta Piketty es que la economía y las ciencias sociales ya no se ocupan de la «cuestión distributiva». El galo pide «devolver la desigualdad al centro del análisis económico».¹⁶ Diversos autores han replicado a Piketty criticando el enfoque de su base de datos o sus errores metodológicos.¹⁷ El propio economista francés se ha retratado de algunos de los principios básicos que enunciaba en su libro.¹⁸

Mi objetivo, en cualquier caso, es simplemente señalar que este libro pretende hacer una pregunta completamente diferente a la de Piketty. Sin embargo, creo que esta pregunta tiene una importancia mucho mayor para la mayoría de las personas que la preocupación del autor de *El capital en el siglo XXI* por la redistribución de la riqueza. Y esa pregunta consiste en determinar si el capitalismo tiende a elevar o disminuir el nivel general de vida de los ciudadanos. Responder satisfactoriamente dicha cuestión me parece mucho más importante que debatir sobre un supuesto aumento en la desigualdad de la riqueza.

Piketty ha lamentado que entre 1990 y 2010 se haya dado una ampliación de la brecha entre los pobres y los ricos, medida en términos de ingresos y riqueza. Sin embargo, durante ese mismo período hemos visto que cientos de millones de personas, predominantemente en Chi-

¹⁴ Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century* (Boston: Harvard University Press, 2014), p. 41. [Trad. esp.: *El capital en el siglo XXI*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2014].

¹⁵ *Ibíd.*, p. 42.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 20.

¹⁷ Jean-Philippe Delsol, Nicholas Lecaussin y Emmanuel Martin (editores), *Anti-Piketty: Capital for the 21st Century* (Washington: Cato Institute, 2017).

¹⁸ *Ibíd.* Ver prólogo de Tom G. Palmer.

na, la India y otras partes del mundo emergente, han logrado salir de la pobreza extrema como resultado directo de la expansión del capitalismo.

¿Qué es más importante para estos cientos de millones de personas? ¿Se felicitarán de haber evitado una muerte segura ligada al hambre y la miseria? ¿O más bien les preocupará que la riqueza de los millonarios y multimillonarios haya aumentado con más rapidez que su nivel de vida? Tal y como demuestro en el primer capítulo de este libro, en China vemos que el aumento en el número de ciudadanos acaudalados y la mejora generalizada del nivel de vida experimentada por cientos de millones de personas han sido dos caras de la misma moneda que se remontan en ambos casos al mismo proceso: la transición del socialismo al capitalismo, con el consecuente paso de una economía planificada a una de libre mercado.

Más allá de cualquier duda, la globalización capitalista ha reducido la pobreza en todo el mundo. Hay cierto debate, no obstante, sobre si el aumento de la prosperidad en países menos desarrollados ha conllevado una menor prosperidad entre las capas de rentas más bajas de las naciones industrializadas de Occidente. Este es, sin duda, un tema más controvertido. Sin embargo, quiero señalar dos cosas en respuesta. En primer lugar: si este fuese el caso y la competencia con trabajadores del mundo emergente hubiese reducido los ingresos de los grupos sociales más humildes del mundo rico, entonces necesariamente debemos afirmar que el movimiento anticapitalista y antiglobalización defiende, en esencia, el mantenimiento de un *statu quo* privilegiado para los estadounidenses y los europeos, en detrimento de los derechos de los pobres de África, Asia o América Latina a quienes, supuestamente, dicen defender estos activistas. En segundo lugar: la idea de que la globalización ha empobrecido a ciertas franjas de la población de Occidente no deja de ser controvertida y de estar sujeta a un intenso debate. Por ejemplo, en 2011 se publicó un estudio de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) que apuntaba que solo dos de sus países miembros (Israel y Japón) han experimentado una disminución de los ingresos reales del 10% más pobre de la población.¹⁹

En muchos casos, los informes de los medios sobre el aumento de la pobreza en los países occidentales desarrollados se basan en estudios que definen y miden la pobreza en términos relativos. Por ejemplo, los

¹⁹ Kristian Niemietz, «Der Mythos vom Globalisierungsverlierer: Armut im Westen», incluido en *Das Ende der Armut: Chancen einer globalen Marktwirtschaft*, editado por Christian Hoffmann y Pierre Bessard (Zúrich: Liberales Institut Zürich, 2012), p. 152.

estudios oficiales sobre pobreza y desarrollo publicados por el gobierno alemán, aplican una definición de pobreza que considera pobre a cualquier persona que gane menos del 60% del ingreso medio. Sin embargo, el siguiente experimento mental muestra que dicha definición es, cuando menos, discutible. Supongamos, pues, que el valor del dinero se mantiene estable y que todas las personas ven cómo sus rentas se multiplican por diez de manera generalizada, de modo que aquellos que se sitúan en el segmento de menos ingresos pasan, por ejemplo, de tener una renta bruta de 1.000 euros mensuales a percibir 10.000 euros. ¡Todas las preocupaciones monetarias de dicho grupo de población se habrían terminado. La vida sería genial para todos. No obstante, la fórmula del 60% nos diría que el número de personas que viven por debajo del umbral oficial de pobreza sigue siendo la misma.

Para los críticos del capitalismo que siguen la escuela de Piketty, la economía es un juego de suma cero en el que los ricos ganan lo que pierden las clases medias y los pobres.²⁰ Sin embargo, el mercado no funciona así. Los críticos del capitalismo siempre están criticando *cómo se divide el pastel*. En este libro, sin embargo, lo que planteo es cuáles son las condiciones que hacen que el pastel crezca (o disminuya) de tamaño.

Hagamos ahora otro experimento mental. Dejaré que sea el lector quien decida cuál de los siguientes resultados es preferible. Imaginemos una isla donde tres personas poseen una fortuna de 5.000 dólares cada una, mientras que otras 1.000 personas atesoran apenas 100 dólares por cabeza. La riqueza total de los residentes de la isla es de 115.000 dólares. Ahora planteemos dos alternativas.

En el primer escenario, debido a un rápido crecimiento económico, la riqueza total de los residentes de la isla se duplica hasta los 230.000 dólares. La riqueza de los tres isleños más ricos se triplica: ahora controlan 45.000 dólares, a razón de 15.000 dólares cada uno. Mientras tanto, la riqueza de los 1.000 residentes restantes de la isla crece un 85% y se sitúa en los 185 dólares *per cápita*. La brecha de desigualdad entre los residentes más ricos y los más pobres se ha ampliado considerablemente. En el segundo escenario no asumimos ningún crecimiento, sino que simplemente tomamos la riqueza total de 115.000 dólares y la repartimos equitativamente entre los 1.003 residentes. El saldo resultante es de 114,66 dólares por isleño: 14,66 dólares más para 1.000 isleños y 14.885,34 dólares menos para los tres ricos.

²⁰ Jean-Philippe Delsol, «The Great Process of Equalization of Conditions», incluido en: Delsol, Lecaussin y Martin (2017).

Supongamos que somos uno de los pobres que antes atesoraba una riqueza de apenas 100 dólares. ¿Cuál de las dos sociedades preferiría el lector? ¿Una con crecimiento económico y reparto desigual de la riqueza? ¿O un modelo de distribución equitativa? ¿Y qué sucedería en el segundo caso si, como consecuencia de las reformas económicas destinadas a crear una mayor igualdad, la riqueza total de la isla se terminase reduciendo, por ejemplo a 80,000 dólares, hasta arrojar un promedio de 79,8 dólares *per cápita*?

Por supuesto, parece más lógico responder que el mejor resultado sería el del crecimiento económico, precisamente porque proporciona un nivel de vida más alto para todos los ciudadanos. Y eso es exactamente lo que el capitalismo logró en el siglo XX, tal y como incluso reconoce el propio Piketty.

El experimento mental anterior sigue siendo útil como una forma sencilla de demostrar la diferencia fundamental entre dos sistemas de valores opuestos. Un sistema prioriza la reducción de la desigualdad y otro enfatiza la mejora del nivel de vida de la mayoría. Si el lector está principalmente interesado en la cuestión de la igualdad, este es un libro equivocado para él. Si, por el contrario, le interesa identificar las condiciones mediante las cuales la mayoría de personas logra alcanzar una vida mejor, entonces invito al lector a unirse a este viaje a través del tiempo y de los cinco continentes en busca de respuestas.

Karl Marx tenía razón al afirmar que los medios de producción (tecnología, equipos, organización del proceso de producción, etc.) y las condiciones en que se da esa producción (el sistema económico imperante) no solo están inextricablemente vinculados, sino que dependen mutuamente.²¹ Sin embargo, contrariamente a lo que afirma Marx, el punto crucial no es que el desarrollo de los medios de producción preceda a los cambios en las condiciones de producción, sino que los cambios en las condiciones de producción pueden hacer que se desarrollen los medios de producción.

El capitalismo es la raíz del aumento generalizado de los niveles de vida a nivel global. La prosperidad lograda en las últimas décadas no tiene precedentes en la historia humana, menos aún en la época anterior al surgimiento de la economía de mercado. La humanidad necesitó el 99,4% de sus 2,5 millones de años de historia para lograr, hace ahora

²¹ Karl Marx, *A Contribution to the Critique of Political Economy* (Moscu: Progress Publishers, 1859), p. 15. [Trad. esp: *Contribución a la crítica de la economía política*, Minerva, 2010].

15.000 años, un PIB mundial *per cápita* de 90 dólares internacionales (el dólar internacional es una unidad de cálculo basada en los niveles de poder adquisitivo en 1990). Fue necesario otro 0,59% de la historia humana para duplicar el PIB mundial *per cápita* y llegar a los 180 dólares internacionales, un logro que se alcanzó en 1750. Sin embargo, desde entonces hasta el año 2000, en un periodo que representa menos del 0,01% del período total de la historia humana, el PIB mundial *per cápita* se multiplicó por 37, hasta llegar a los 6.600 dólares internacionales. Dicho de otro modo: el 97% de la riqueza total creada a lo largo de la historia humana se ha producido durante esos 250 años.²²

La esperanza de vida global casi se ha triplicado en ese corto período de tiempo. ¡En 1820, apenas rondaba los 26 años! Nada de esto sucedió debido a un aumento repentino en la inteligencia humana o la industria: sucedió porque el nuevo sistema económico que se desarrolló en los países occidentales hace ahora doscientos años demostró ser superior a cualquier otro modelo ensayado antes o después. Ese sistema es el capitalismo. Y fue ese paradigma basado en propiedad privada, el emprendimiento, precios libres y la competencia lo que hizo posible los avances económicos y tecnológicos sin precedentes que se han vivido en los últimos 250 años. El capitalismo es, pues, un sistema exitoso. Pero, no lo olvidemos, es aún un sistema joven y vulnerable.

²² Zhang (2015), pp. 24-25.

CAPÍTULO 1

CHINA: DE LA HAMBRUNA AL MILAGRO ECONÓMICO

Durante milenios, China sufrió hambruna tras hambruna. Hoy, casi todos sus habitantes tienen suficientes recursos como para comer a diario. En 2016, China superó a EE.UU. y Alemania y logró convertirse en el mayor exportador del mundo.

A finales del siglo XIX y a comienzos del siglo XX, unos 100 millones de personas murieron de hambre en el país asiático. Estas hambrunas fueron causadas por desastres naturales. En la segunda mitad del siglo XX volvió a darse una crisis similar. Sin embargo, esta vez se trató de una hambruna provocada por el hombre, no por la naturaleza. Fue, pues, una catástrofe de raíz política.

Tras su ascenso al poder en 1949, Mao Zedong se propuso convertir a China en un brillante ejemplo de socialismo. A fines de 1957, el líder proclamó el *Gran Salto Adelante* y empezó a pisar el acelerador para llevar a su país hacia el supuesto paraíso de los trabajadores prometido por la utopía socialista.

Según Mao, China superaría al Reino Unido en apenas quince años, demostrando de una vez por todas que el socialismo es superior al capitalismo. A través del periódico oficial del Partido Comunista, se informó a la población de los contenidos de un plan que tenía la meta explícita de «superar a todos los países capitalistas en un tiempo bastante corto, para convertir a China en uno de los países más ricos, avanzados y poderosos del mundo».¹

¹ Jung Chang y Jon Halliday, *Mao: The Unknown Story* (Londres: Jonathan Cape, 2005), p. 519.